

Las aventuras de Lucina

Melinda Guido Espinoza

Las aventuras de Lucina



CR863.5

G948a Guido Espinoza, Melinda, 1991-.

Las aventuras de Lucina / Melinda Guido Espinoza. –
Primera edición. – Guanacaste, Costa Rica : Universidad de
Costa Rica, 2022.

xv, 89 páginas : ilustraciones a color.

ISBN 978-9930-9747-3-5

1. CUENTOS COSTARRICENSES. 2. CUENTOS
INFANTILES COSTARRICENSES. 3. LITERATURA
COSTARRICENSE. 4. LITERATURA FANTÁSTICA.
I. Título.

CIP/3895

CC.SIBDI.UCR

LAS AVENTURAS DE LUCINA

© Melinda Guido Espinoza

Primera edición: 2022.

Consejo editorial:

ML. Mainor González Calvo

M.Ed. Maritza Olivares Miranda

ML. Neldys Ramírez Vásquez

Dr. Edgar Solano Muñoz

Dra. Ana Lorena Camacho Camacho

Levantado de texto y revisión de pruebas: *M.B.A. Margarita Alfaro Bustos*

Diseño editorial, diagramación y portada: *M.B.A.-M.A. Daniela Hernández Castillo*

Ilustraciones Cristina Guido Espinoza

© Universidad de Costa Rica, Ciudad Liberia Guanacaste. Guanacaste, Costa Rica.

Prohibida la reproducción total o parcial. Todos los derechos reservados. Hecho el depósito de ley.

Impreso bajo demanda en la Sección de Impresión del SIEDIN.

Universidad de Costa Rica. Ciudad Universitaria Rodrigo Facio. San José, Costa Rica.

Tel.: 2511-9400 • sede.guanacaste@ucr.ac.cr • www.sedeguanacaste.ucr.ac.cr

DEDICATORIA

*Esta obra está dedicada,
A mi familia quienes siempre,
me han apoyado en mi vida.
También para todas aquellas personas;
que aman y valoran la naturaleza.*

PRÓLOGO

M E L I N D A

Estás germinando
hacia nuevos horizontes,
tu presencia narrativa
perfuma con aroma fresco
el nacimiento de un nuevo ser.
Abres tu primer episodio,
vendrán muchos más,
surcarás de alegría y asombro
las aventuras de un modo de vida
que debemos recobrar.

Las aventuras de Lucina, es una obra exquisita, llena de fantasía y realismo, de esos modos de vida que están pereciendo poco a poco en lugares rurales. La tecnología ha llegado, pero se nos ha llevado el asombro, la contemplación, las maravillas de sentir y soñar. Parece que ya no hay tiempo de reir, de acariciar el viento, de recoger las hojas, de oír el murmullo de la naturaleza que nos dice a voces que está ahí, pero que ya no la escuchamos.

Me encanta cuando la autora dice que su “obra sencilla, es sencilla al igual que la autora”, porque verla a ella, es analizar a un ser humano con un gran potencial, que fluye para ser escritora. Hay en su mirada, una luz mágica que pronuncia en forma silenciosa que le ha llegado el momento para despertar y narrar una serie de acontecimientos llenos de magia. Está lista para hacernos soñar e imaginar esos mundos donde el ser humano desborda su felicidad con todo lo que hace. Ella nos hace cuestionarnos por qué no volver la mirada a la naturaleza y aprender con ella, no sólo observarla sino ser coreógrafos dispuestos a disfrutarla y gozarla, acariciarla, dejarse llevar por sus manos acogedoras y su beso tierno que nos dice lo mucho que nos quiere.

Por ello, Melinda, nos recrea un mundo del reino vegetal, nos cuenta un sin fin de beneficios que éste posee, nos hace pensar que si valoramos lo que nos da, estaremos agradecidos con él por siempre. Nos dice que los sueños son posibles y hermosos, llenos de viajes inimaginables. Llenos de experiencias significativas. Un árbol que te cobije y te acaricie, un nance que te hable y te cuente cómo es él, oréganos llenos de un olor que contagia a cualquiera, de zanahorias amigas, de lechugas amorosas, de rábanos seductores con su rico sabor.

Rescata en su relato, juegos tradicionales, medios de transporte, esenciales para conocer a los otros, de ejercitarse al ir a la panadería del pueblo para comprar un bollo de pan, de la familia que en la cena, dialogan de su día de trabajo, de sus intereses, necesidades, experiencias.

De esos chicos y chicas que se encuentran, se saludan y conversan. Y lo mejor de todo, de ambientes naturales llenos de “perfumes, flores, frutos, de flores bailarinas y de piñas damas amarillas”...troncos que silban, tosen y hablan. Maravilloso ese mundo, lleno de fantasía, color, emoción.

Y por qué no soñar con una linda fresa amiga, que la acompañe en toda su aventura por la naturaleza y que le enseña el

mundo del reino vegetal. La invitación es clara, **Melinda**, es una soñadora, que comparte sus aventuras, en un mundo que es posible reconstruir. Ella sabe que la magia existe, que el reino vegetal ha cobrado vida para instruirnos en un mundo donde es posible compartir nuestros saberes y hacer cambios posibles de imaginar.

¡Albricias, Melinda! Me has deleitado con tus enseñanzas, hoy el aprendizaje ha tocado mi corazón y me cubre de resonancias cósmicas para decirme en el oído de que nos dejemos llevar por la imaginación.

**Ana Lorena Camacho Camacho,
Premio Nacional Mauro Fernández 2014,
Setiembre 2018.**

TABLA DE CONTENIDO

01

El diálogo con la maestra

05

La sabiduría de la abuela

11

La belleza del parque

16

El trabajo de mamá

20

El lucero que chocó contra la ventana

23

En un extraño mundo

27

Un antiguo conocido

30

La cuna de las semillas

34

Los héroes silenciosos

38

El largo sueño de las semillas

42

Los pies de los árboles

46

Nacen leguminosas en un día de invierno

49

Un tronco muy parlanchín

52

Escalera hacia las nube

56

Los brazos de la libertad

60

Un abrazo en las alturas

63

Pequeñas unidades de una multitud

67

Los muchos aromas que nacen de unas hojas

71

Las coloridas bailarinas de las copas de los árboles

74

Los trovadores que viajan con la brisa

77

Los primeros frutos de un árbol

80

El deber de una fruta

84

Hasta pronto, no adiós

87

Una vida con propósito

El diálogo con la maestra

Había una vez una niñita, se llamaba Lucina. Era como la mayoría de niñas de su edad, le gustaba sacar buenas calificaciones, compartir con sus compañeritas de clases y comunicar sus logros con los miembros de su familia. Nada celebraba más que llevar un cien en los exámenes y, mostrárselos a sus padres como uno de sus más grandes éxitos.

A pesar de su triunfo escolar, Lucina tenía una calificación baja en una materia, y sus notas serían perfectas, si esta calificación no existiera. Eso, no la incomodaba en lo absoluto, considerándolo como algo normal.

Con sonrisa socarrona y algo pícara, mencionaba cada año que le entregaban su nota, —Hasta el mejor escritor, tiene el peor borrón—, alega Lucina; aquel era un dicho popular; que aprendió de sus mayores, aunque no era apropiado para el caso, ella lo tomaba como justificación.

Un día de clases normal, la maestra les habló del cuidado de la salud, y como cada persona, debía cuidarse a sí misma, de que los niños jugaran en los amplios corredores, rescatando juegos tradicionales como: saltar la cuerda, el gato y el ratón; ¿Dónde está el lobo? En la voz de aquella noble docente, se figuraba una tristeza indescriptible. En aquel diálogo, la maestra les dijo: lo mucho que les disgustaba a unos niños del aula, la clase de Educación Física. De lo dañino que era el sedentarismo, y como una



buena alimentación podía ayudarles a mejorar su calidad de vida, que disfrutaran su niñez, corriendo, saltando la cuerda, andando en bicicleta, llevando de merienda deliciosas y jugosas frutas.

Lucina, parecía interesada en las palabras de su maestra. Cuando era la salida de clases, se dirigía poco a poco hasta su tutora, tenía tantas dudas necesitaba una respuesta.

Una sonrisa armoniosa, iluminaba el rostro altruista de aquella buena mujer, quién colocándole una mano en su cabeza, como modo de caricia, le dijo en tono moderado;

—Dime, Lucina... ¿quedaste con alguna duda?—.

La niña, con los ojos llenos de curiosidad y entusiasmo, contestó:

—¡Sí! tengo ganas de saber más de lo que usted dijo en clases, desde hace dos años que yo tengo un 85 en Educación Física, quiero mejorar, quiero cuidar más de mi, ¿ayúdeme?—.

— ¡Lucina! —exclamó, la docente con emoción.—Me alegra por ti, claro que puedes tener mejor salud, desde mañana en adelante puedes correr, jugar como lo hacías cuando estabas en preescolar, puedes reducir tu consumo de golosinas y consumir frutas ellas tienen muchos sabores y son buenas para tu crecimiento y salud. Este jueves en la clase de ciencia, ahondaremos más del tema—.

Ese día cuando su madre la fue a traer a la escuela, Lucina en el carro de camino a casa iba pensando la conversación que tuvo con la maestra, su pensamiento se elevó, como un delicado ungüento esparcido en todas sus neuronas y, de pronto, su forma de ver la vida cambió. “Es posible mejorar, el límite es un lazo bordado por nosotros mismos, que reprime nuestro desarrollo como seres humanos”.

Ahora, aquel dicho se volvió obsoleto, ella no era mala para la Educación Física, con los años, se había desinteresado en girar sobre su propio eje, tratar de tocar las nubes de un salto

o intentar alcanzar el arco iris corriendo hasta la loma más alta de su pueblo.

¡Cómo añoraba aquellas épocas!, en la cual la lluvia era el ritmo para saltar en las callejuelas con sus amiguitos del vecindario, en que corría en los potreros de sus abuelos y, el carro no era su único medio de transporte, cuando en el recreo jugaba a la ronda con sus compañeros y, la literatura narrada por la maestra de primer grado era dramatizada por todo el grupo. Hasta ahora, recordaba como hacía ella el papel protagonista en la obra dramatizada “ El Lago de los Cisnes” y, la música fluía en sus sentidos, hasta hacerla sentir que podía volar ; sus piernitas ágiles y flexibles la hacían elevar sus emociones estallando en risas de alegría... ¡Cuán feliz, era!

¿Qué pasó? ¿Cuándo cambié tanto?... Ese pensamiento la hizo querer, ir de visita donde su abuela para conversarle de su cambio de ideas.

La sabiduría de la abuela

Doña Margorie era una mujer muy sabia, su conocimiento, como ella decía no se debía a que vivió por muchos años, era a que esos años de vida los había atesorado. —“La experiencia, no consiste en que pasen los años, es como se atesoran, se guarda cada recuerdo, se analiza y estos nos alimentan todos los días”—, decía.

La abuela estaba sentada en una mecedora, en un amplio corredor de pisos de mosaicos blancos, rodeados de un ancho jardín de claveles, que daban la apariencia de conducir a una casita encantada.

Su mirada cadenciosa parecía atrapar los rayos de sol detrás de sus anchas gafas, y una sonrisa gentil asomaba detrás de sus facciones seniles, pero de una alma juvenil llena de experiencias inéditas, de esas experiencias efímeras para quienes no las saben apreciar, pero inolvidables para quien observa el mundo con sabiduría.

La abuela de Lucina, poseía un conocimiento tan amplio de detalles hermosos de la naturaleza y aunque no aspiraba en conocer países o culturas, observaba con entusiasmo la belleza de este mundo.

Había visto las flores abrir lentamente sus pétalos, en un movimiento como una danza lenta y perfumosa, logró contemplar a los frijoles levantar su cabecita y abrir sus brazos hacia el cielo,



en su juventud también presencié el nacimiento de decenas de pollos que rompían el caparazón y salían dorados como un trozo de sol oculto en una cáscara, pero sin duda, lo que más contemplaba era la alborada explotar en el cielo, en chispas de colores iluminando el mundo a su paso, y el crepúsculo vestirse en rosa y naranja sobre un cielo con tonalidades blancas y celestes.

Esa experiencia era la que necesitaba Lucina, para hacerle una pregunta:

—“¿Por qué cambié tanto?”—.

El auto de su madre se detuvo frente a la casa de la abuela, ésta al escuchar el ruido del motor dirigió su mirada a ellas. Al verlas, se puso de pie apoyándose en su bastón, aunque no tuvo que esforzarse mucho porque su nieta de una carrera, le rodeó el cuello con sus brazos, dándole besos en su frente. Más atrás, a paso lento, venía su hija, quién llegó saludándola.

Las voces de ambas se ahogaban unas entre otras, la nieta le decía de las ganas que tenía de hablar con ella, y su hija hablándole al mismo tiempo se despedía diciéndole que debía volver al trabajo y que volvería más tarde.

A pesar de la interferencia comunicativa, la abuela, quién poseía un excelente oído las escuchó a las dos.

Sonriendo, contestó:

—Vete tranquila, hija mía. Lucina y yo, pasaremos una bonita tarde—.

Cuando quedaron solas, Lucina le contaba todo lo acontecido a su abuela, ella silenciosa no le perdía ni el mínimo detalle. De vez en cuando limpiaba sus gafas y continuaba escuchándola.

Su abuela le dijo:

—Todo en esta vida debe cambiar, así como el sol se levanta y luego se acuesta, así es la vida hija, lo que pasa hay veces que ciertas etapas de la vida se apresuran. Le encontraste un gusto tan grande a la televisión, al internet y a los videos juegos, que

ahora has preferido ver una foto de un flor en una imagen que salir al jardín a verla. Es bueno que tengas vivencias, porque de las vivencias nacen las experiencias, de nuestras experiencias construimos el futuro, es así mi pequeña.

Yo recuerdo mis épocas, cuando el sol era nuestro cómplice en los juegos del campo, como un balón era la diversión de todo un día y las leyendas de los abuelos las mejores aventuras. Solo tienes 10 años, es un tiempo muy corto, para olvidar lo que significa probar el ácido de una naranja, y lo dulce de una piña, por un sabor artificial.

Sabes hija, las plantas tienen vida, y cuando nosotros nos alimentamos de ellas, una gran parte de su vida entra a nosotros, eso yo lo sé porque lo sentí—.

—¿Lo sentiste?— preguntó, Lucina sorprendida.

—Sí, mi amor, esos sabores se sienten—. Aseguró la abuela, con formalidad.

—¿No has sentido acaso, cuando una sandía se bebe la sed de tu cuerpo? ¿Cuando una piña con su sabor escudriña tu paladar mezclando una satisfacción entre gusto y olfato con su aroma y su sabor? Es, ¿Acaso casualidad el delicado aroma de un melón maduro que te invita a mirarlo, y ni que hablar de las frutas que crecen en los árboles como los mangos con sus frutos amarillos con pinceladas rosáceas? Las hay de frutas como los hay en gustos, de colores más abundantes que el arco iris, y de sabores tan variados como los hay en colores. ¿Hace cuánto no llevas una ensalada de frutas como merienda en recreo?

La niña, suspiró y miró a la abuela.

Se quedó un segundo pensativa y le dijo:

—Después del primer año, todas mis compañeras compraban en una pulpería local su comida, por eso yo las imité, conforme pasaron los meses no sentía necesario comerme una fruta. Solo en el almuerzo que da la escuela, allí dan frutas—.



Esa tarde, su abuela la llevó a la parte de atrás de la casa, en esta parte, tenía una pequeña huerta, muy bien cuidada, donde un fresal sobresalía con sus tonalidades rojas, unos oréganos lanzaban su fragancia al agitar las ráfagas sus hojas.

—Le he pagado, a un joven de por aquí cerca para que me cultive este pedacito de tierra. Es una belleza ver como la vida crece a través de unas raíces, como una zanahoria es la cuál crece bajo la tierra; es anaranjada.

La abuela cortó una zanahoria y una fresa, y se la entregó a Lucina. Fueron unos pequeños momentos tan bonitos al lado de la abuela. Luego, Lucina recordó que había olvidado su celular por el período más largo de tiempo, eso le hizo mucha gracia.

Muy afectuosamente, se despidió de su abuela y salió corriendo de vuelta para la casa. Esta vez sorprendería a su mamá, porque la casa de la abuela estaba a escasos 500 metros, una distancia no muy lejana para ella, una niña que fue cisne en un día de invierno en primaria, una niña que atrapó los rayos del sol en su mano cuando estaba en el kínder y, se rió al sentirse sorprendido que el rayo se le escapaba de las manos, no era una distancia muy lejana para una niña que estaba a punto de reconciliarse con aventuras y juegos.

La belleza del parque

El parque central era un lugar, silencioso y apacible en aquel pueblo, consistía en unos cuantos asientos hechos en cemento, un quiosco redondo con columnas cuadradas, donde unas cuántas personas descansaban en sus escalones.

Los árboles como sombrillas que ocultaban el atardecer, acercaban sus ramas unas con otras, y depositaban su sombra como recompensa a los pueblerinos que agradecidos con la naturaleza se sentaban a darle de comer a algunas palomas, que construyen sus nidos en ese lugar.

Lucina, se detuvo y saludó a las personas que veía. En ese pueblo el ser generoso era una costumbre entre los vecinos.

— ¡Ese milagro, Lucina! —Le gritó, Arturo, un niño de tercer grado.

— ¿Cuál milagro?—replicó ella.

—No te había visto caminando, desde hace mucho tiempo en el parque.

El niño, usaba una pequeña bicicleta de color azul con brillantes letras en inglés, aunque no era nueva estaba muy bien cuidada. Por las tardes, Arturo aprovechaba el ir a comprar el pan para pasear en su bicicleta por el parque, y aunque no era necesario pasar por allí, siempre a la hora del café de la tarde cruzaba con un bollo de pan en la bicicleta en dirección a su casa.

Aquel era un pasatiempo, para saludar a sus amigos y en otras ocasiones solo para sentir el aire fresco rebozar en sus oídos, hasta en ocasiones intentaba hacer piruetas en la bicicleta, hasta el momento no había logrado ninguna, eso no lo desanimaba.

Lucina, se detuvo a tomar aire, desde hacía tanto tiempo no había corrido tanto. Se sentó en una banca.

El niño, llegó en su bicicleta hasta ella, con sus enormes ojos celestes se notaban esos deseos fervientes de conversar y hacer preguntas, y en sus mejillas llenas de pecas asomaba una enorme sonrisa.

Lucina, apenas si podía regular la respiración, esa carrera era más agotadora de lo pensado, pensaba reincorporarse, apenas se sintiera descansada.

El pequeño niño, le dijo:

—Aguarda, un momento y mira. ¡Qué belleza, tiene este lugar! En las tardes es cuando se respira ese ambiente a comunidad, cuando los labradores y los peones vienen a sentarse a ver sus amigos descansar, ver pasar las tardes y dialogar con los conocidos. El ruido que se oye, antes de que anochezca.

—¿Es tu lugar preferido de la comunidad? —sorprendida, dijo ella.

— No, mi lugar preferido es la plaza de juegos, los domingos con mi hermano vamos a jugar con unos amigos. Mi segundo lugar preferido es aquí, ésta es una comunidad muy buena, por eso me gusta tanto—.

Lucina, decidió observar lo que estaba a su alrededor.

Los árboles prestaban su abrigo a los campesinos, quienes, reunidos en pequeños grupos de amigos, contemplaban a sus hijos disfrutar de su infancia, corriendo de un lugar a otro. La armonía y la paz de aquellas personas era contagiosa y, la naturaleza se esmeraba en ser cómplice de todo. Las frescas ráfagas levantaban las hojas marchitas y los niños corrían tras de ellas, como si fueran



mariposas. Los rayos del sol, que se filtraban entre las hojas de los encumbrados árboles, iluminaban los rostros longevos de los adultos mayores del pueblo que sentados en pequeños grupos saludaban a los transeúntes, que viajaban de vuelta de sus trabajos o venían a las pulperías centrales a traer algo que les faltaba para el café de la tarde.

Las mascotas de los presentes correteaban entre ellos y juegan con sus amos agasajándolos con caricias o restregando sus caras contra las rodillas de los humanos. Cómo disfrutaban los adolescentes dando una última caminata con sus perros en el parque.

No podía faltar la belleza del quiosco central del parque, aunque estaba hecha en cemento y pintado de blanco, daba la apariencia de ser una concha de mármol sembrada en un vergel de color verde glauco que se alimentaba de los susurros y risas de las personas que sentadas en sus escalones conversaban sus preocupaciones, ilusiones y planes diarios. Era el corazón del parque.

—¿Lo has visto?—le preguntó el niño. Desconcentrando a Lucina de su pensamiento.

—Sí, nunca me había sentado a observar la belleza que se oculta en la vida diaria de las personas y, como es tan bonito mi pueblo. Como se detienen un momento para dar y recibir cariño de sus semejantes.

— ¡Tiempo!—exclamó el niño, reincorporándose de un salto de su asiento, —ya es tarde, mami me va a regañar, hace rato que debí llevarle el pan—.

Lucina, en ese preciso instante había recordado que ese niño y su hermano siempre obtenían un 100 en educación física, no estaría tan mal que le diera algunos consejos para mejorar su rendimiento académico en esa materia.

El hábil niño ya estaba sobre su bicicleta.

Ella le preguntó:

—Arturo ¿cómo eres tan bueno, para la educación física?

—Muy fácil, me gusta esa materia—le contestaba con mucha sinceridad, alejándose en su bicicleta.

El trabajo de mamá

La madre de Lucina trabajaba para una empresa desde su casa. Ella cosía ropas para las personas. Lo que más le encargaban era coser vestidos y camisas. Su trabajo era agotador, sobre todo cuando tenía que hacer la entrega de su pedido en poco tiempo.

Estaba terminando la última camisa, cuando escuchó un ruido de pasos presurosos que se dirigían hasta la cocina.

Cautelosa salió de su cuarto de costura. Se dirigió hasta la cocina. Allí encontró a Lucina, tomando agua en un vaso de cristal.

La veía sudada, respirando con agotamiento y con una zanahoria puesta sobre el microondas, y una fresa apuñada en su mano izquierda.

Al momento, se asustó. Lo primero que pensaba era que algo le había ocurrido a la abuela. Luego reflexionando un poco, era más fácil hacer una llamada que llegar corriendo hasta la casa.

Lo cual, la mamá preguntó:

— ¿Qué te pasó hija? ¿te sientes bien?—.

La niña acabando de beber agua. Moviendo la cabeza en respuesta afirmativa, luego de una pausa, logrando contestarle, dijo:

—Estoy bien, mami. Estaba donde la abuela, y decidí venirme corriendo desde allí hasta la casa—.

—Y esa locura de tan lejos —le respondía la madre trayéndose las manos a la cabeza como, en señal de que aquello era una barbaridad.—Acaso señorita, no le dije yo que la iba a traer en el carro más tarde, pensaba ir cuando se hiciera de noche. Ahora, también resultaste atleta—.

La niña, sin prestarle atención continuó bebiendo más agua.

—Mamita. ¿Estás brava, conmigo? ¿Por qué? ¿No ve que me estaba divirtiendo?—en voz humilde y convencedora le hablaba, mientras rodeaba con sus manos el rostro de su madre.

La mamá, le dio un fuerte abrazo y juntas se dirigieron al cuarto de costura. Allí cada una en un asiento, donde se veían de frente. Comenzaron a platicar.

— ¿Qué le dijo la abuela?—.

—Cosas importantes, sobre mi vida. Hoy fue un día, muy extraño. En la escuela la maestra me dijo que debía cuidarme un poco, sabes que en Educación Física, soy una de las últimas de mi clase, en recreo, solo consumo comidas rápidas. No es que diga que sea tan dañino de vez en cuando, lo que pasa es que hay veces, la persona se confía, y vuelve esto una rutina. No camina, no hace ejercicios. Cuando se está en la infancia, no se juega por ver videos, las amigas ya no se reúnen como antes. Comencé a cuestionarme en lo mucho que cambié, y si eliminar todas las buenas costumbres de antes, era saludable para mi salud—.

La madre había dejado de coser, en sus pupilas maternas, brillaba un chispeo de admiración y alegría. Veía a su hija madurar, como una niña que analiza lo que le beneficia. Algo que hacía mucho tiempo, ella había olvidado.

Con los años, su trabajo se apropiaba de sus horas, en ocasiones de sus pensamientos. Siempre, planeo ser una buena madre y darle todo lo mejor a su hija. Se sentía culpable de no dedicarle más tiempo. De no aconsejarle como debía hacerlo.

Ahora, había sido su hija la de la iniciativa, estaba notando cosas que quizás ella no lo había visto, o cuestionado por falta



de tiempo para decirle, que ya tenía muchos videojuegos en la consola.

—Es cierto hija, lo que dice esa buena maestra. Tu padre y yo, no nos hemos fijado mucho en cómo has cambiado, y siempre en lo que más no fijamos es que tengas buenas notas, dinero para que compres lo que quieres en recreo y una buena conducta.

Lucina al escuchar a su madre, dijo:

—Es cierto, mami. Esto es una responsabilidad de nosotros como familia. No solo de ustedes como mis padres que son. Lo importante, es que recapacitamos—.

La pequeña partió la zanahoria y juntas comían y reían mientras hablaban de muchos temas.

¡Hacía mucho tiempo, que no compartían como madre e hija!

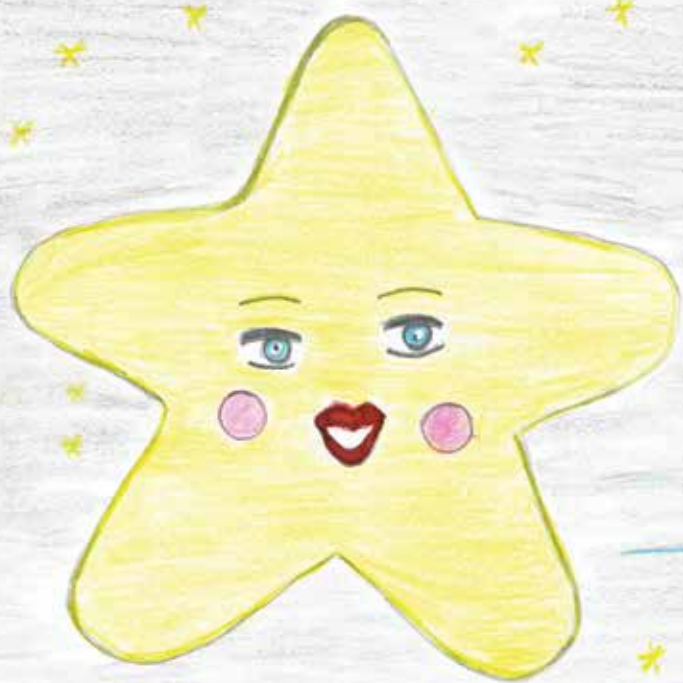
El lucero que chocó contra la ventana

Al caer la noche, con su negro toldo sobre la faz de la tierra, las luces de la ciudad iluminaron las calles y, se extendieron por los alrededores el ruido de los grillos cantando bajo el césped, en las esquinas de las casas. Los carros retornaban a sus cocheras, mientras las personas entraban a sus casas. Los niños regresaban de la calle suspendiendo sus travesuras para un próximo día.

La televisión encendida presentando las noticias, se escuchaba por algunas de las casas del barrio, los perros del vecindario se paseaban por la calle y, los que estaban en las casas, se asomaban detrás de un portón ladrando a quienes pasaban por el camino.

Lucina, le ayudaba a su madre a poner la mesa. Se asomaba cada dos minutos al reloj de pared, calculando la hora de la llegada de su padre del trabajo. El ruido de la motocicleta era tan conocido por ambas, que apenas escucharon cuando la velocidad de ésta disminuía conforme se acercaba a la casa. Abrieron la puerta y salieron a recibirlo con un abrazo.

A través de la ventana de cristal, se podía escuchar a la elocuente familia, compartir sus experiencias de su día. En la cocina, madre e hija lavaban los platos. La primera los lavaba, mientras la niña los secaba. Unos pasos a la derecha, en el rústico comedor, el padre limpiaba la mesa.



Esa noche sería como muchas otras, la mamá vería su telenovela al lado del papá que estaría dormido en el sofá, en su cuarto Lucina hacía su tarea.

Fue casi a las 10 pm, cuándo la luna intentaba filtrar su fulgor suave y melancólico, que la pequeña niña luchaba por dormirse, y en ocasiones semiconsciente de su cansancio, se esforzaba en descansar.

Tan complicado era el estado de sopor, que entre la agitación del viento, entre las ramas de naranjo y la fría luna iluminando las calles solitarias, Lucina sintió que se levantaba de su cama suavemente. Había un brillo que se notaba desde el vidrio de su ventana e iluminaba sus sueños.

Se asomó por la ventana y, a través de las verjas, pudo contemplar la brillantez más encantadora que había visto en su vida.

En el cielo cruzaba a gran velocidad un lucero, dejando atrás en las nubes un camino de nácar y diamantinas. Iluminando incluso a la luna, pero su vuelo fue tan de prisa que en segundos, se estrelló contra la ventana.

En un extraño mundo

Lucina, que no podía comprender lo acontecido, llamó a la razón, pero al parecer está también estaba en el mundo de los sueños. Caminó en medio de esa luz celeste de la estrella, convencida que viajaría a otro planeta y si eso era un sueño, la ventaja era el despertarse.

En este nuevo mundo, los árboles eran enormes, sus ramas parecían musculosos brazos que se extendían hasta al cielo. Las enredaderas eran de gran tamaño, y con unas hojas brillantes se reflejaban sobre montículos de tierra húmeda que alimentaba sus raíces.

Los frutos del tamaño de un niño de 5 años parecían caminar sobre las ramas de los árboles. Caminó a prisa, tratando de encontrar algo que fuera de su tamaño.

Aún las hojas de los ajos, parecían ser más grandes de lo esperado. Caminaba callada, con deseos de encontrar de nuevo esa luz celeste que la regresara a su hogar. Conforme atravesaba senderos, aquello le pareció hermoso. Ver los cultivos de maíz extender sus ramas al sol y bailar con la brisa.

Caminó hasta el tronco de una mata de tomate que subida en un montículo, con la tierra húmeda y las hojas destilando gotas de rocío, las cuales caían en la suave tierra, sobre sus ramas un enorme tomate de rojo carmín parecía asomarse.

Lucina caminaba en dirección al tomate, le observó una protuberante nariz y con sus ojos cerrados, parecía dormir, sus extremidades ancladas al tronco de la planta madre y una hoja sobre su esférico cuerpo, le servía de cobija. Parecía gruñir, con un sonido suave y pausado que en cada exhalación se le escapaba de su pequeña boca entre abierta.

—¿Puede ser, esto posible?—susurró para sí, la niña fascinada.

El sueño del tomate era muy sutil y, poniéndose de pie, miro a su alrededor, preguntando:

—¿Quién dijo eso?

Lucina detrás de una rama de otra planta, se tapaba el cuerpo, contemplando al tomate descender hasta la raíz de la planta, para luego volviendo a bostezar, iniciar su rápido ascenso hasta volver a quedarse dormido.

Se alejó riéndose, pensando que ese tomate era un dormilón y que si seguía así, se lo iban a desayunar.

La pradera se extendía de extremo a extremo, en un ambiente de perfumes, flores y frutos, a la distancia en encumbradas colinas, cordilleras de árboles sembrados en filas colgaban sus frutos, y las flores como bailarinas fugitivas, se desprendían de los arbustos girando en sentido circular, haciendo piruetas hasta caer frente a donde ella cruzaba. El olor apetitoso de las piñas, la desvió de su estrecho sendero y abriendo paso entre las ramas de un apio que sembrado sobre una arena, dormía tranquilamente.

Desde allí vio una familia de piñas extender sus cabellos. Aquellas damas amarillas tomaban, con sus olorosas manos, gotas de agua y, delicadamente se pasaban las manos por su cabellera formando con mucho cuidado cada parte de su cabello, entre ellas se pasaban las gotas de agua, y desde lejos parecían decirse entre ellas que ese peinado era muy bonito.

— ¿Bonito?—dijo alguien con la voz de un niño de 7 años —Yo, lo considero muy radical para mi gusto—.



—Lo es—contestó Lucina riéndose —pero vaya usted a saber, que las piñas llaman la atención por su corona.

— ¡Corona! —exclamó, la voz —pero si ese es su peinado, ¿quién le diría a un peinado corona?—.

... Lucina, no paró de verlas hasta que las piñas en grupos de dos acabaron de hacer el centro de su peinado ostentoso, por que por sí solas se les hacía difícil acomodar las partes más cortas de su cabellera.

En ese momento, se sintió observada y volteándose lentamente, sin saber con quién había hablado, dirigió sus ojos al interlocutor.

Un antiguo conocido

Su nuevo amigo, tenía el color bosque pintado en sus ojillos redondos, ostentaba una camisa de color rojo, su cabellera de color verde, la tenía en un peinado humilde, de cabelleras en picos, usaba como adorno final, un único cabello en forma vertical como señalando para el cielo, su traje era de muy fina calidad, con pequeños agujeros pintados en el fondo de color negro, los puntos diminutos se notaban más por los hundidos que mostraba su camisa en los puntos de ese color.

Las extremidades salían de su cuerpo, su forma no era redonda, pero parecía ser un personaje muy comilón, porque no se podía calificar de ser delgado, su nariz consistía en dos hendiduras no muy profundas y su boca casi no se veía, porque su cara también era roja.

Sus zapatos eran de hojas verdes, su perfume era muy característico, se mezclaba con los demás aromas, pero éste era más suave que el de las piñas, la niña no lo sintió hasta que le dió la mano.

—¡Hola!, señora Fresa —cuando la fresa le ofreció su mano de color rojo, la niña le regaló una enorme sonrisa.

—¡Hola! Lucina —Le contestó la Fresa—No soy un señor, ni una señora, puedes decirme Fruta.

Lucina, incrédula, acercando su mano a la nariz, sintió el delicado aroma de esta fruta. Le parecía que había ido a la



perfumería a comprar una de esas aguas perfumadas que tienen el aroma a una fruta.

—¿Sabes mi nombre?

—Sí niña, yo soy la Fresa que te regaló tu abuelita. Hoy en la tarde, tu abuelita me obsequió a ti para que te acompañe en una importante misión. Pero para eso tengo que llevarte a los lugares más importantes de este mundo.

— ¿Todos aquí me conocen?, preguntó Lucina.

—No, pero tranquila, yo seré tu guía y te acompañaré en todo el recorrido—, respondió la fresa.

Su nuevo guía parecía ser un buen anfitrión. Se dirigía en los caminos ondulados, con mucha propiedad, bajaba por cúmulos de tierra, parecía gustar mucho de la abundante agua, cada vez que cruzaba bajo una hoja que acumulara agua se lavaba la cara y bebía un poco de aquella agua que tanto disfrutaba.

Ella no le hacía preguntas, seguía sus pasos con mucha curiosidad de todo lo que ese mágico mundo le podía mostrar.

La Fresa le dijo:

—Es que yo soy una planta que ocupo mucha agua para sobrevivir, allá al otro lado de la colina que ves, hay otro grupo de plantas, esas son de ambientes cálidos, hay otras que son de todo clima. ¡Ese no es mi caso, como ves!—.

—En la casa de mi abuela siempre riegan constantemente tus raíces con abundante agua, ahora todo tiene una explicación—; contestó, siguiendo los pasos de su amigo.

Caminaban entre tallos, hojas, ramas y mucho más. Ella impaciente de curiosidad quería preguntar, el lugar donde se dirigían.

La cuna de las semillas

El sedimento acumulado de los muchos años se extendía, como una cordillera fértil inerte de varias tonalidades en negro, con el brillo gris de la arena que brillaba como minúsculas gotas de lluvia fosilizadas hace millones de años.

El tiempo mismo, quieto, silencioso, parecía no pasar desapercibido en esa tierra fértil, llena de humedad y calma. Siendo una presencia constante entre los surcos de la misma tierra, su presencia en épocas anteriores permanecía todavía con sus marcas y en su aroma a tierra recién humedecida.

Para Lucina, aquel era un campo listo para cultivar, desolado y sin la mínima atracción para entrar, solo era el suelo desnudo, un manto de tierra humedecida por las lluvias de los últimos días.

Imaginaba ver crecer la hierba con sus pequeños e insistentes retoños, sin embargo, siendo aquel un mundo mágico la hierba que crece en el invierno no existe.

—No es muy bonito aquí —sentenció ella dando un suspiro, y con mirada indiferente a todo aquel terreno.

La Fresa caminaba a su lado orgulloso al ver la decepción de aquella a carita le dijo:

—La calma, la quietud, el silencio mismo, son una belleza y detrás de la calma está el descanso, bajo la quietud vive la tranquilidad y del silencio el suave susurro. ¿Acaso nunca has



valorado esto? Ese amor a lo nuevo, a lo poco común, a lo que se oculta, pero eso no lo hace inexistente. ¿Cuántas personas pueden ver que solo las estrellas brillan en la noche, por no ver la luz de una luciérnaga, por ser pequeña? ¿Cuántas veces se busca en las constelaciones el brillo que se oculta bajo la tierra?

La Fresa suspiró, continuó hablando:

—¿Quién podrá oír el murmullo de las raíces y sus sueños de ver crecer el tronco del árbol que alimentan? Las palabras acalladas por los tiempos mismos y abandonados por las brisas del frío invierno, en un páramo de la vida. Las luchas silenciosas, que se hablan con la mirada y se callan con los labios. Solo por guiarse por la triste fachada que oculta aquella verdad, esa belleza ensombrecida en la apariencia exterior, esa voz ahogada por no poder gritar, esos héroes callados que no se nombran, que se ignoran y hasta se olvidan—.

Lucina era solo una niña no comprendía aquellas palabras, su significado era ambiguo, en su cabeza estaban palabras aisladas: “acallado, fachada, ahogada, héroes olvidados”. Esas frases como melodías a sus oídos eran dulcísimas pero decían tanto, ella tenía miedo de adentrarse a explorar su significado y descubrir que su pensamiento era muy superficial.

—No, comprendo lo que dices —dijo Lucina.

¡Sí, comprendes! —rectificó, La Fresa.

¿Dices, que veo solo la apariencia?— asintió Lucina.

—Exactamente...— ,respondió La Fresa

Se detuvieron, ella vio una cueva con escalones hacia abajo.

—¿Entonces? ¡Ah ver, si te entiendo! ¿Cuándo me hablas del brillo que se oculta en la tierra me hablas de los diamantes y el oro que se encuentran en las minas?

—¡Ah, pensaste en piedras preciosas y metales! —con sarcasmo, le contestó la fresa, deteniendo el paso, señalando con el dedo, le dijo:

—Allí es la entrada, vamos—.

— ¿Qué vamos a hacer en esa cueva? —preguntó Lucina.

—A ver las semillas, claro está —con naturalidad le contó la fresa. Aquella tierra surcada no era más que la cuna de las semillas y ahora iremos a sus aposentos a conocerlas bajo tierra.

Los héroes silenciosos

La cueva era oscura, era muy ancha, su aroma estaba impregnado a raíces, hojas secas, minerales y nutrientes. No expedía un olor malo, si desconocido para ella.

¡Visitantes, vienen visitantes! —. Gritaba un atalaya desde una parte más alta que la cueva donde ellos habían llegado.

—¡Despierten las luces! —otra voz, anunció de inmediato.

La pequeña niña pensaba que allí iba a encontrar a la zañahoria, una yuca o hasta algunos manís.

Las luces se acercaban...eran suaves, iluminaban todo a su paso, cuando llegaron hasta ellos, resultaron ser unas luciérnagas de rostros redondos, ojos saltones e inocentes y con un brillo suave.

Lucina tocó el ala de una, de las luciérnagas y este animal en ese mundo era suave como el raso puro, su color tornasol era otra de sus singulares características.

Por dentro, la cueva se dividía en varios niveles, muchos compartimientos, con callejuelas de ir y venir donde criaturas de color café o gris rojizo se arrastraban por el suelo transportando hojas, raíces y unas extrañas sustancias que no se sabían lo que eran, multiformes y multicolores.

Una de ellas grande en tamaño con un sombrero de raíces se dirigió hasta ellos.

—¡Invitados!, es un gusto tenerlos en nuestra morada—.

—¡Lombrices! —menciona, Lucina asustada.

La lombriz la miraba y con su amable sonrisa le contestó:

—Sí, somos lombrices, vivimos en la tierra y ayudamos a las semillas a crecer, las acompañamos en los momentos más importantes de su vida.

Dirigiendo su atención a la fresa le dijo:

—¿Ella es la amiga que dijiste que iba a transformar el mundo en algo mejor?—

—Ella, es —con orgullo dijo la fresa. Quién al notar el rubor en la cara de la niña, que al parecer no tenía idea de su propósito en ese mundo, decidió hablarles de las lombrices.

—Ellas, son habitantes del suelo, viven en las tierras y aunque no lo creas, las vuelven fértiles, trabajan bajo tierra incansablemente, llevan y traen nutrientes que hay en la tierra, su trabajo es constante, ellas son una familia numerosa, oculta, silenciosa como pequeños héroes que luchan por que las semillas y las raíces de las plantas tengan minerales y nutrientes. Está cueva que vez, no es más que un túnel hecho por lombrices, igual que todo lo que observas.

—Si —interrumpió la lombriz guía —eso que ellas transportan son nutrientes, este mundo es casi desconocido, pero aunque seamos criaturas que viven bajo tierra, seguimos siendo importantes para un buen equilibrio en este planeta.

—Nunca las había visto, supongo que muchos de mis compañeros de clase no las conocen. Le agradezco a usted y a sus compañeras de trabajo, las demás lombrices, que me permitan ser testigos de este maravilloso mundo.

—Encantados, nosotros de tenerlos aquí.

Una multitud de lombrices llegaron a recibirlos, todas les rodeaban. Los rostros de las lombrices mostraban edades indescifrables, detuvieron sus labores y comenzaron a realizar la



danza de las lombrices. Golpeando el suelo con su cola, daban una vuelta para realizar un bonito silbido. Cada vez sus movimientos eran más rápidos.

Las lombrices eran muy felices porque disfrutaban lo que hacían. Luego del baile, todas ellas se despidieron con una reverencia alejándose, del lugar.

—De parte de mi pueblo, ustedes dos pueden recorrer nuestro mundo y, me han designado a mí para mostrarle algunos de los secretos de las semillas- les tradujo, la lombriz guía.

—Ese es el famoso baile de recibimiento — le murmuró la fresa, a ella. Luego de una pausa agregó:

—En el fresal, ese baile era muy famoso, ahora tengo una historia que contar cuando vuelva a casa.

El largo de las Sueño semillas

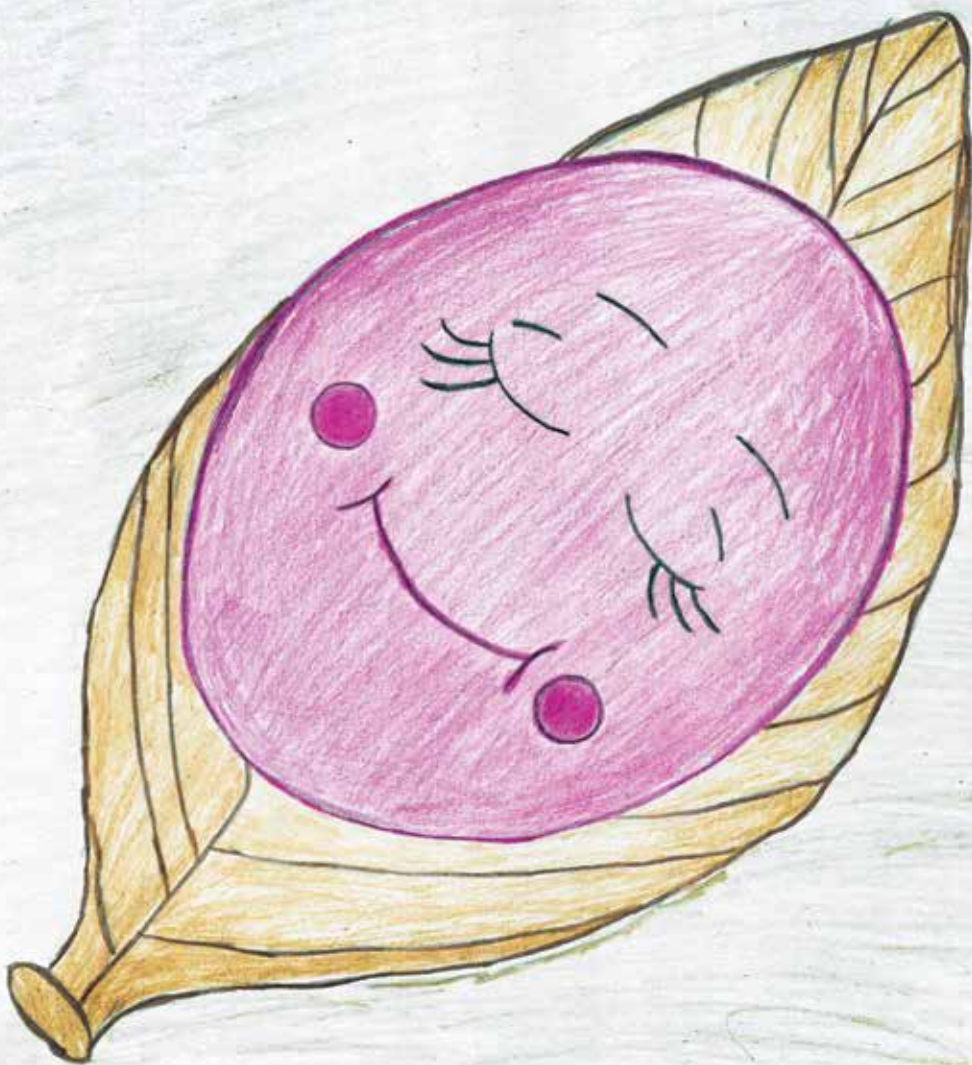
Aquellas cavernas, sin olor, silenciosas como los habitantes que se deslizaban sin interrumpir las labores de los demás parecía un lugar apropiado para dormir.

La luz de las luciérnagas no podía interrumpir a los somnolientos habitantes de ese mundo, que al no ser profundo y, no estar en lo superficial, podría considerarse un lugar adecuado para descansar.

Tuvieron que subir una empinada callejuela, para encontrar las habitaciones de las primeras semillas, estás como su tamaño y familia, podían estar a mayores profundidades, sembradas dependiendo de su tamaño original y a la familia a la que pertenecían.

Para crecer, algunas semillas necesitan de, un puñado de tierra otras necesitaban estar enterradas unos centímetros más abajo y, las raíces de ellas eran como arterias minúsculas que absorbían las vitaminas de su madre, la tierra.

Aquel parecía ser un cultivo de arroz y unos pasos más allá, los rábanos. Cuando llegaron a los primeros túneles lograron ver una semilla de rábano dormir envuelta en un colchón de hojas marchitas que le servirían de abono, su cara redonda de color rosado un poco menos que fucsia estaba muy pequeña, presentaba la inocencia de una semilla bebé la cual añoraba ser buena, cumpliendo el propósito de su vida.



La lombriz iba a continuar su camino.

Lucina se detuvo, al ver a esa cara sonreír dormida.

—“Las plantas también, pueden sonreír” —pensó.

—Anhelo ver lo que sueña —les dijo, con el acento de una niña que pide permiso

—Lo puedes ver —le contestó la fresa —las plantas son unos seres que lo único que ocultan son sus raíces.

—Anda, tócala —le aconsejaba la lombriz.

Colocando dubitativa su mano sobre aquella carita, pudo no ver pero si sentir sus sueños, los cuales referían lo siguiente.

—“Deseo, tanto que mi realidad sea como mis sueños, de esos que estremecen hasta el más duro corazón de una semilla. Tener las fuerzas para poder salir de la tierra, los nutrientes suficientes para que el sol con su tibio calor me salude con sus dorados brazos. Respirar el aire, alcanzando mi más hondo propósito, que el aire que respire sea tan transparente como las aguas que rieguen mis raíces, poder ver las estrellas en las noches de invierno y decirles que no las envidio, que he cumplido mi más grande propósito, ser una planta de rábano que da su fruto, no una girasol, ni un manzano, sino dar un rábano como es mi naturaleza. A la vida no le pido mucho, ser lo que mi pensamiento de pequeña semilla me hace añorar, cumplir el propósito por lo que existo y mi única razón de ser—

Lucina, dejó de tocar la semilla. Aquellos pensamientos eran tan bonitos, tan nobles, crecer para lograr su destino, sin envidiar a los demás vegetales.

—Sus pensamientos son muy puros y de nobles propósitos —concluyó ella continuando su recorrido.

—Este es el largo sueño de las semillas en la tierra —le interrumpió, la lombriz de tierra, señalando cientos de semillas de arroz durmiendo abrazadas a la tierra.

En la parte más occidental de aquella morada subterránea, reposaban tantas semillas de varios tamaños, como una enorme familia de bebés en una guardería, soñando todos al mismo tiempo.

La lombriz guía, les explicaba un poco la base de todo este proceso:

—Vayan viendo amigos míos, que ésta solo es una pequeña fracción de lo que este mundo subterráneo muestra, aquí desde abajo, se pueden ver el inicio, la etapa de bebés de las semillas. No todas son iguales. Es importante aclarar esta parte, algunas duermen más tiempo bajo tierra, pero desde aquí, nace desde la más alta palmera de las llanuras hasta el más pequeño zacate de las praderas, su inicio es un sueño, como todo buen luchador. Las semillas son variadas como sus colores, hay algunas pequeñas como la mostaza o la linaza, otras de grandes árboles como los cocoteros. Existen plantas que se reproducen por ramas, unas verdaderas luchadoras que aferran sus brazos a la tierra hasta volverlos raíces. Si, éste es el origen del vergel, de los árboles floridos y de los jardines que se extienden hasta cansar la vista.

—Este, es un mundo de muchos secretos —agrega, La Fresa.

—¡Si lo es! Aquí no es más que unos pocos de metros de tierra cultivada, pero vean cuanta semilla se ha acumulado a dormir su sueño, hasta que el aclamado tiempo y las estaciones, le indiquen que despierten a una nueva aventura.

Los pies de los árboles

Tréznadas raíces de nudosos dedos, que tejen sobre una tela en su propio zurcido, bordan su propio destino, ocultándose bajo la tierra, grandes tentáculos de los gigantes terrestres, pequeños hilos de los musgos rastreros son las raíces como un bordado escondido sobre una tela infinita llamada tierra. Como se trenzan sus raíces viajando metros en tierra, bebiendo en ríos subterráneos, alimentándose de nutrientes ocultos.

Los pies de los árboles, ciudad de castillos bajo tierra. Enredados senderos que alimentan una vida desde el suelo. Así se veían las raíces de los árboles, representando un grueso, perpendicular, ondulado mundo de entradas y salidas entre millares de raíces. Donde las construcciones de las lombrices abrían espacios entre sus gigantescos dedos.

Lucina, quién nunca se había aventurado por aquellas regiones, suspiraba de entusiasmo, mirando los muchos dedos que se sumergían en las profundidades de la tierra hasta perderse metros abajo, y sus partes más anchas eran duras y formidables, siendo unas perfectas ciudades fortificadas. Era fácil perderse sobre las raíces, una raíz pertenecía a otra y esta a su vez, se conectaba a otras unidades más pequeñas que conducían hasta otras raíces.

Ese esfuerzo por ser una base capaz de aferrarse a la madre tierra y extraer de ellas su propia vida, se notaba en cada raíz.

—Deténganse— les ordenó la lombriz.

La luciérnaga, refrenando su vuelo, se guió hasta donde ocurría el evento. Este era el crecimiento de una raíz, la cual fue extendiéndose poco a poco, y su crecimiento, ante los ojos de la niña fue escaso.

Fue tan breve el instante en que la raíz creció. Lucina, atónita no dejaba de ver esperando un crecimiento abrupto.

—Los árboles tienen paciencia para crecer, por eso algunos son milenarios, su crecimiento es importante buscando las nubes, como hacia la tierra —le explicaba, la lombriz.

—Ver crecer una planta es algo hermoso —dijo ella —ya veo que los árboles crecen poco a poco.

—Hay muchas historias detrás de cada raíz, las primeras raíces en algún tiempo fueron tan pequeñas y tiernas como ésta que hemos visto, su crecimiento no es igual en cada árbol. Los hay de todas clases, hay unos arriesgados que echan sus raíces en barrancos peligrosos y, estos pies de muchos dedos, se sostienen como un alpinista al barranco, sosteniéndose por muchos años a ese terreno. Otros que aman más las fuentes de agua, beben directamente desde los ríos y crecen altos entre piedras y arenas blancas.

La lombriz se detuvo indicándole que se sentaran en una raíz, el aire fresco que se filtraba por una de las cuevas le había indicado que ya casi cruzaban a la otra salida.

La lombriz prosiguió diciéndoles:

—Existen otras clase de árboles que crecen en las altas montañas, luchando por un espacio y, aferran sus raíces en un pequeño espacio, estos son los árboles guerreros, que se enfrentan ante la sombra de sus hermanos y, tratan de alcanzar el alimento de la tierra entre hojas secas y bejucos gigantes. Otros son más amantes de los climas cálidos, y sus raíces beben directamente del mar alimentándose de la sal y de la arena. Los alpinos de las frescas brisas de inviernos llenos de nieve, en la tierra oculta bajo



nieve, una nueva lucha con sus raíces en el fondo. Hay tantos, y si te dijera las clases de raíces que hay, pero ellas son los pies de los árboles que los mantienen de pie ante lo que la vida les dé.

—¡Sí! Ellos son unos luchadores —repetía la fresa, acosándose en una raíz.

—Igual, que usted y todas sus hermanas lombrices—.

La lombriz se ruborizó, sin decir más, hizo una reverencia como aceptando tan bonito cumplido que le hizo Lucina.

A través de la cueva iba entrando cada vez más aire hasta que la luz de la luciérnaga chocó con otra luz, la cual se filtraba por la cueva que conducía a la superficie.

Los amigos se despidieron de la lombriz, quién muy agradecido les hizo otra reverencia como señal de despedida. Ellos le imitaron agachando la cabeza, la luciérnaga se fue a la cueva a dentro con la lombriz.

Nacen leguminosas en un día de invierno

La superficie de este terreno era el mismo. Ambos viajeros intercambiaron miradas. No dijeron nada, pero ambos estaban pensando lo mismo. De alguna manera las lombrices lo sacaron por el mismo lugar por donde entraron.

—Fresa, con todo lo que he visto, creo que este es otro planeta, antes de volver a mi mundo en el lucero que chocó contra mi ventana, aclárame una duda. ¿Cómo se llama este planeta?—.

—El Planeta Tierra —respondió la fresa.

—¿Imposible?, mi planeta no es tan mágico—.

—Sí, lo es. Solo no te has tomado el tiempo para ver su belleza interior— murmuró, la fruta con mucha seguridad.

Iban a salir de la cueva, cuando del cielo caían gotas transparentes girando sobre su gravedad para explotar contra el suelo, su ruido no era llanto, por el contrario era alegre, sonoro, rumoroso como un coro fugitivo de las nubes que viene hasta la tierra para llenar los campos de alegría.

El viento mecía las gotas moviéndolas con sus dedos invisibles, cambiando su melodía al de un arpa desproporcional y aquellas gotas fugitivas se volvían cuerdas pulsadas por un intangible intérprete.

La lluvia se confundía entre la tierra, se hundía entre los terrones, siendo espías que se asomaban a ver, lo que se ocultaba



en ese mundo del suelo. Después de la lluvia, un bonito resplandor se asomaba por aquel campo que asemejaba estar desolado. Los viajeros salieron de sus escondites a paso lento y, si se hubiesen ido antes sus ojos, no habrían contemplado miles de nacimientos y del despertar de las semillas a la superficie.

Del suelo levantaban sus cabezas dobladas, un cultivo de frijoles. Se levantaban despacio como el caracol, como en una danza lenta y en un ritual de nacimiento, dos corrugadas hojas se esparcían hacia las nubes, en un intento de alcanzar la nube más próxima para que viera que ya estaba allí, que era el primer retoño del nacimiento de una planta de frijol.

Del mismo modo, todas las hojas se extendían al compás y elegancia de las bailarinas de ballet, con sus movimientos lentos y coordinados. La fresca brisa sacudió su joven tallo y las pequeñas hojas se quedaron detenidas allí, dando la apariencia de esperar otra fría brisa para abrir por completo sus primeras hojas.

—¿Has visto eso, has visto eso? —gritó contenta Lucina, de haber vivido para ver lo que acababa de acontecer.

Corrió en medio de los frijoles recién nacidos. Que eran, para ella y la fruta que la acompañaban, arbustos de unos dos metros. Ese era un joven laberinto, que ambos viajeros recorrieron llenos de regocijo, entre saltos y risas.

Un tronco muy parlanchín

En las cercanías de aquel cultivo de frijoles estaba un tronco solitario, el cual esperaba ansioso la llegada de los primeros días de invierno para que nacieran los frijoles y tener alguien con quién dialogar.

En sus épocas de juventud fue un árbol que dio mucha cosecha, ahora era un viejo tronco que se divertía contando historia a cualquier viajero que pasara por aquellos rincones y, se tomara el tiempo para escuchar sus interesantes anécdotas.

Fue un árbol de guayaba con follaje frondoso y dulces frutos ahora es un tronco que disfruta ver los sembradíos desde su apartado rincón y, deleitarse con el yigüirro que canta sobre sus pocas ramas.

La Fresa junto a la niña llegaron corriendo hasta el tronco y ambas decidieron sentarse en sus raíces para continuar su aventura, una vez que observaran por última vez esa maravilla de la naturaleza.

El tronco suspiró.

Ambos viajeros se vieron.

El tronco tosió.

Ellos volvieron a verse preguntándose si era su compañero que estaba tan cansado de correr, que necesitaba un descanso más largo.



El tronco silbó.

Al ver a esos visitantes tan distraídos, decidió hablarles.

—Amigos, se ven cansados. Supongo que viajan desde muy lejos—.

—Venimos desde una huerta un poco distante de aquí— le respondió La Fresa.

—Una fruta y una niñita. ¡Qué afortunado soy! Tengo tanto que contarles, díganme del tema que quieren que les hable. Porque yo sé mucho de todo un poco —dijo el tronco.

—¿Qué es ese todo un poco? —preguntaba ella, tocando la corteza del tronco.

—Lo que cualquier árbol debe saber, el tamaño correcto de una fruta para que llame la atención, el sabor que debe tener, hasta el color. Los meses del año que llueve más, el inicio del verano, la época correcta para florecer, como deben estar las raíces para soportar los fuertes vientos—.

—Conoce mucho de la vida, tronco de guayabo —interesado en tan abundante conocimiento volviendo a sentarse, expresó la fresa.

—Venimos de un lugar donde nacen las semillas y conocimos las raíces, vimos el nacimiento de unas semillas, aún así tengo curiosidad por conocer más sobre el mundo vegetal —le contaba ella, señalando a la distancia el lugar de donde habían aparecido.

—Veo, que saben mucho. Entonces les hablaré de algo que no conocen bien todavía.

Escalera hacia las nubes

El tronco les dijo:

—Toda buena construcción necesita un cimiento, eso que llaman base en ocasiones, así como los humanos construyen casas que se sostienen del suelo, forman con ese cimiento algo como un refugio, en nosotros los árboles, aún los troncos como yo es igual ya saben que nuestro cimiento son las raíces, supongo no conocen ¿qué es la escalera hacia las nubes? Es tan necesaria para cualquier planta porque es el tronco que nos conecta en dos mundos—.

—¡Dos mundos! —repitieron los oyentes a coro.

—Pienso que han escuchado por allí que el árbol no viaja y que permanece inerte ante la vida, aceptando los crueles climas y las épocas difíciles, como un luchador que no abandona su flanco hasta fenecer. Algo de eso puede ser cierto. En primer lugar, usando mi intelecto, les aseguro que las plantas, aunque visiblemente a los ojos de las criaturas que pisan este mundo de la superficie, no nos movemos, eso no es cierto. Muchos árboles, amigos míos, sus raíces trasladan varios metros de profundidad. El siguiente punto es que podemos vivir en dos partes al mismo tiempo, sin ser un elemento para existir, estamos tanto en las profundidades de la tierra y, al mismo tiempo usando la escalera, a las nubes alcanzamos sobre la superficie en el aire, hasta en las alturas como ningún otro ser viviente.



Los troncos primero fueron tallos, su crecimiento básico está unido directamente al corazón de la semilla, su corazón es al principio un tierno brote, suave, frágil hasta para las diminutas hormigas, su tamaño insignificante apenas si puede sostener unas cuantas hojas. El milagro está que ese minúsculo brote, con los días creciendo lentamente, siguiendo un orden, un proceso lento; con el sol, la lluvia y los minerales comienza, llevando esa suave semilla hasta arriba. En tierras brumosas, me han contado que muchos árboles alcanzan las nubes. Esa escalera hacia el cielo, es primero ese tallo que comunica sus ramas hasta el firmamento, y a las profundas tierras sus raíces—.

—Por eso usted tiene vida señor tronco —Convencida de las sabias palabras, le interrumpió la pequeña niña —Por que usted tiene su corazón—.

—Jajajajaja —la risa sonora del tronco hizo estremecer a las recién nacidas matas de frijol.

Cuando dejó de reírse contestó:

—Sí, tengo mi corazón y mi cerebro en el tronco, por eso muchos dicen que las historias de los árboles, se leen en sus troncos, cuando ellos ya están caídos.

Los ojos curiosos de sus oyentes, le obligó al tronco explicar ese mito.

—No es cierto, las verdaderas historias de los árboles se saben cuando están vivos, escuchando sus pláticas.

—En mi mundo los árboles no hablan —refirió Lucina.

—Si hablan, solo es que no los sabes escuchar. Su lenguaje es tan tenue que puede pasar inadvertido. En el recorrido que van a seguir, vas a conocer mejor el lenguaje de las plantas —.

El tronco, que desde hacía tanto, tiempo que no hablaba de esa forma, se quedó dormido, aunque sus receptores quisieron escuchar más de su sabiduría, el pobre estaba en un profundo sueño.

Para los dos amigos era una grosería no despedirse de un señor tan ilustre, como también era descortés despertar a alguien de su sueño, sopesaron ambas y ganando la segunda razón, sigilosos se alejaron del lugar.

Los brazos de la libertad

Luego se encontraron en aquel prado lleno de cultivos de frijol, en el territorio de los arbustos que crecen en los huertos, estos eran de troncos cortos, de largas ramas llenas de hojas.

Aquel era el cultivo de una familia de frijoles soya. Las ramas de estos arbustos eran tan largas como brazos delgados, extendidos hasta arriba celebrando una libertad que solo aquellos arbustos podrían saber en detalle de lo que se trataba.

Estaban sembrados en fila cuidadosamente, sus brazos impetuosos, se juntaban los unos con los otros, formando en sus copas una enmarañada mezcla de ramas y hojas.

Ellos se sentían extraviados en aquel lugar.

Los arbustos de soya, expertos bailarines, se mecían de derecha a izquierda, no se fijaban en las criaturas que habitaban cercana a ellos. Con sus ojos cerrados entonaban una tonalidad unísona.

—¡Ahhhh ahhh ahhh aaaaaá!—.

¡Qué melodía más deliciosa a los oídos!, tal era su dulce tonalidad que hacía a los viajeros sentir la libertad que experimentaban estos arbustos. En medio de tanta melodía tejía sus redes la araña. Con sus hábiles patas tejía sin fijar la atención en nada ni en nadie. Hasta que los vio a ellos.

La araña, agachando la cabeza observó a los viajeros. Corriendo con prisa se fue a una hoja cercana, lavándose la cara con sus muchas patas, contemplaba detenida su reflejo y satisfecha de cómo había quedado decidió ir a saludar a los viajeros.

Con su acento silbado les hablaba mientras decía:

—Ssss saludoss, amigoss míoss—.

Ellos, se detuvieron y contestando el saludo le dijeron:

—Señora araña, ¿que la trae a este rincón?

—Vengo de una de esass ramasss, allí está mi morada, sencilla e invisible y a vez lujosssa y brillante— les contestaba, inclinándose hasta ellos.

—Estás ramas, parecen ser un buen hogar —dijo Lucina.

—No lo dude, pequeña niña —contestaba la araña, caminando junto a ellos desde las ramas de los árboles. —Los árbolesss, ssson muy sssociables, aunque ustedess lo duden, es tanta su sssociabilidad, gran parte de su libertad, es dar ayuda a las demásss criaturass. Ellos disfrutaban darles refugio a las avesss que vienen a construir sus nidos y refugiarse en ellos, multitud de insectos hacen de sus ramas transporte y vivienda, dessscienden de rama en rama, algunos como yo construyen sus casasss y, su alimentación depende de lo fuerte que sean las ramas de los árbolesss. Es un ser viviente que al levantar los brazos para celebrar su libertad, abrazan al mismo tiempo miles de animales que se aferran a esa libertad y deciden acompañarlos siempre.

— ¿Extraña libertad la de esos brazos, cargando otros seres vivientes? —musitó la niña, para sí misma, al no entender el sentido de libertad explicado por la araña.

El insecto con un oído agudo, le contestó:

—La libertad es un término difícil de interpretar, al igual que la paz, no son palabrsss que se deben ussar a la ligera, sssu significado esss tan profundo. Niña, pequeña, comprende algo. La felicidad de essstos arbustosss es ser útil, sssus brazosss dan



apoyo a quieness necesitan de ellos, sostienen sss hojas, sss frutos pero ssobre todo para quieness sson indispensables.

La Fresa suspiró y tocando una rama, contemplando al arbusto:

—La felicidad de ellos de ser útiles y de no vivir solo para ellos mismos, los hace tan grandes y sus altos brazos parecen celebrar vivir con un buen propósito. ¿Qué sentido tendría crecer tanto, si no lo usamos para ayudar a los demás?

Un abrazo en las alturas

A pesar de que la amiga araña quería seguirlos acompañando, regresó a su casa, acababa de recordar que no había cerrado la última esquina de su tela, eso le preocupaba, una ráfaga de esas vivaces podría aprovechar tremendo descuido para romperle su construcción, y de la última vez que tan desdichado incidente le ocurrió, prefería dejar su casa bien cerrada.

Tratando de no parecer muy precisada, se fue, corriendo a su hogar, apenas si escuchó el “hasta, luego”, que le dijeron.

Ya sin la guía de la araña, ambos comenzaron a caminar sin tener idea para donde iban, el canto de los arbustos acompañaban su agotamiento y el aire fresco, que salía de las hojas verdes, les devolvía el ánimo.

¿Dónde estaban? ¿Cómo salir de aquí? Tantas preguntas y la respuesta, cada vez más silenciosa se confundía entre el cantar de los arbustos.

Esos soyas, amigables y libres, por un momento dejaron de cantar, una suave rama abrazándolos a los dos, los arrullaba como a niñitos, y de rama en rama con sus suaves hojas, los trasportaban con mucho cuidado de un arbusto a otro.

Uno de los arbustos, los alzó hasta sus ramas más altas y allí los amigos descubrieron las alturas.



Una fresca brisa mañanera con perfume a campos verdes, despeinaba sus cabellos, a la lejanía se contemplaban árboles que con sus ramas saludaban a los arbustos desde varios metros de distancias. Los arbustos contestaban al saludo. Más allá florecían los girasoles, doblando sus cabezas hasta el cielo. Con un sol tibio, que resplandecía hasta el rostro curioso y alegre de aquellos dos aventureros.

Las alturas, era contemplar todo eso hermoso que crece al derredor. ¡Dichosas las ramas que siempre abrazan las ráfagas fuertes y las suaves brisas! ¡Dichosas las ramas que pueden abrazar el cielo desde las alturas! Que abrigo de forasteros hogar de descanso, que conocen tantas aves, que ven las estrellas brillar sin interferencia, y las nubes viajar para sus trabajos diarios.

Las ramas de los arbustos, los paseaban de uno al otro, para sacarlas del sembradío. Aquel fue un acto generoso, al ver su preocupación por encontrar la salida, todos los arbustos les ayudaban, ahora su melodía sonaba mejor.

De pronto, Lucina contagiada de esa libertad, abrazada de las ramas comenzó a cantar. Entre todos, parecían uno solo, alegres de encontrarse juntos, una hermandad de arbustos, que parecían plasmar la imagen que ese fuerte abrazo de ramas duraría para siempre.

Lucina y su amigo fueron bajados hasta la tierra por la última rama del sembradío.

— ¡Gracias, jóvenes arbustos! —Los arbustos le dijeron adiós con todos sus brazos para continuar con su canción.

Lucina meditaba mucho en el camino en su actitud. Si los arbustos no hubiesen considerado que libertad era poder elegir lo mejor y, para el bien común, ellos seguirían vagando perdidos allí abajo.

Pequeñas unidades de una multitud

La suavidad del terreno y, lo húmedo que estaba al pisar, fue una alegría para la fresa, que desde que viajaban entre los arbustos de soya anhelaba la frescura del agua. Un aroma muy característico que traía el viento provenientes del norte, llevando hojas secas a su paso, los hizo desviar su camino hasta un cultivo de verduras y plantas aromáticas.

En la primera parte, se encontraban anchas y gruesas hojas de repollo, húmedas, en su tallo, ocultaban una pocita de agua, más allá estaban un cultivo de apios.

—Mira de cerca las hojas —la llamo La Fresa.

Los dos se sentaron en la hoja del repollo, y La Fresa comenzó a hablar.

—Las hojas, para muchos son desechos de los árboles, son pequeñas unidades que se van con el viento y, que se pierden en la tierra. Hay tantas de tantas formas. Son tan importantes, son el vestido de los árboles, el alimento de muchos seres vivientes, fuente de medicina e inspiración de poetas.

—Y una comida muy deliciosa —repuso, Lucina arrancando la orilla de la hoja y comiéndosela.

La Fresa, se sonrió.

Le agregó al verla comer:



—Dicen que las hojas son los vestidos de los árboles, ellos se mudan todos los días, hay unos muy coquetos que hasta cambian el color de sus hojas, en otoño y en primavera. También, ayudan a oxigenar el mundo.

—Es sin duda una responsabilidad muy grande para una hoja —contestó ella, acabando de comer.

—Sabes, Lucina, ellas no están solas. Si fueran unidades aisladas, no serían más que una hoja pero su propósito no acaba en oxigenar el mundo o adornar los árboles, aún cuando caen alimentan la tierra. Es un proceso tan maravilloso es un girar continuo de unidades que son millares, se van a tierra y vuelven a repetir un proceso constante, una nueva generación de hojas—.

—Mi maestra dice que alimentarse de vegetales es bueno, ella menciona unas vitaminas que tienen y, lo saludable que es comerlas. Yo desde hace tantos meses que no comía una hoja de repollo, cuando reparten en el comedor, decía “ensalada no”, este mundo mágico me ha enseñado tanto.

Pasaron largo de las plantas de apio, al parecer estos estaban en una tertulia muy importante, hablaban de lo medicinal que era consumir una hoja de apio en la comida, los aportes que daba a cada individuo, eran tan interesantes, que ellos para no ser imprudentes dieron un girón de pie, hasta otra parte de la huerta.

Este era el terreno de vegetales, la mayoría estaban sembrados en grupos: repollos morados, verdes, culantro, cebollinos, perejil y otros más que se escuchan hablar entre ellos.



Los muchos aromas que hacen de unas hojas

En la siguiente parte, se encontraban plantas de un vivero, estas resultaban llamativas, al no ser muchas cada una resaltaba su singularidad ante las demás. Sembrada en una maceta, estaba una manzanilla, al frente del arbusto de menta, que a su vez se encontraba a la par del romero.

Los aromas de cada hoja, eran tan exquisitos.

—Las hojas tienen tantas sorpresas —dijo Lucina.

—El mundo vegetal es un universo de curiosidades, creo que no te podré llevar a todas las partes que pensaba llevarte, por que como dices las plantas tienen tanto que mostrarte.

—En mi casa hacen té de manzanilla, también mi mamá me habló de la hoja del romero, no las conocía, son tan delgadas y la menta famosa por su olor, tampoco la conocía —la voz, de la niña se entrecortaba, tratando de decir tanto, en tan poco tiempo.

Su amiga fresa, tocándole el hombro le señaló la planta de menta.

—Escucho voces —dijo la menta, su aliento era como su aroma, cada palabra que decía esparcía su aroma por todos lados.

Apartándose unas ramas de su rostro, los miró con curiosos ojos verdes.

—Son invitados, al vivero. Me gustan los invitados de seguro vienen a llevarse alguna de mis hojas.



—Sí, es que quiero hacerle tantas preguntas—le contesta la niña, acercándose al rostro de la planta.

La menta asintió.

—Dígame, ¿por qué usted huele tan bien?

La planta se sonrojó, pensaba en silencio hasta contestarle:

—Su impaciencia, me hace pensar que vive muy de prisa, su vida es muy agitada—comentaba la planta sin dejar de verla— nosotros las plantas tratamos de hacer todo despacio, trabajamos lento. Incluso trabajamos de noche. En algunas, su parte más importante es la raíz, enfocan su atención en que su raíz sea comestible como una yuca, otras su parte más importante es su tronco, tratan que sus troncos sean altos y esbeltos para llamar la atención como los altos pinos. En la gran mayoría su importancia está en los frutos, es allí en lo que somos mejores, ya que, estampamos nuestro corazón y le damos lo mejor de nosotros a los demás. Nosotras somos mejores en nuestras hojas, tratamos de que lo que tenemos en nuestro corazón, se refleje en lo mejor de nosotros.

—¡Usted tiene un corazón que huele muy rico! ¡Un corazón tan fresco como el agua!—exclamó la niña.

La menta se quedó sin palabras y, unas lágrimas asomaron en sus ojos, esa frase había logrado reflejar como valoraban su esfuerzo. Esas palabras la llenaron de felicidad, tan feliz como nunca se había sentido, comparar a una planta con el agua era un titulo demasiado rimbombante para ella.

—La ofendí —preocupada dijo la niña.

—Al contrario, me diste una gran alegría —le contestó, sonriendo la menta.

—Nunca, olvidaré lo importante que son ustedes las plantas, que imprimen su corazón en sus hojas— le prometió, Lucina abrazándola.

La planta de menta, con sus muchas ramas, le contestó el abrazo.

Cuando ellos se iban, la escucharon cantando. El olor de su aliento era tan fresco, que ellos lamentaron tener que irse de allí.

Las coloridas bailarinas de las copas de los árboles

En la ribera, el cual conducía al extremo izquierdo de las altas colinas, se encontraba un grupo de árboles jóvenes de diferentes familias. Una gran mayoría de ellos, se alimentaban directamente del río que rumoraba detrás de unos arbustos.

Los jóvenes árboles mantenían un perfil alto, con galantería lucían sus coloridos trajes, exhibían los perfumes naturales que despedían las ramas más cercanas al suelo, innumerables mariposas y abejones traídos por tal muestra de derroche de colores y aromas, se embriagaban entre tantas flores con sus pétalos de seda y lino que fulguraban sus atractivos colores.

En esa yarda, las familias de los cítricos eran los que primero recibieron a los dos caminantes. Las flores de los limones, en sus ramas, se precipitaban hasta el suelo tratando de alcanzarlos con sus colores blancos y aroma afable.

Las naranjas eran las siguientes con su tronco todavía más alto, mostraba un contexto de flores similares a las de sus parientes árboles de limón.

Más allá estaba un trío de árboles, iguales en altura y espesor, eran los árboles de mango. Con sus florecencias de colores amarillos y poca aroma, llamaban la atención de algunas avispas y abejones que caminaban sobre sus ramilletes floridos.

Sobre las cabezas de ellos, se desprendían pequeños pétalos de las flores, y ellas como bailarinas, se mecían con el viento. Con la galantería del vals las flores, exhibían sus bellezas.

Todo aquello era una fiesta, las flores estaban en su auge, como el alma de la fiesta, estas hermosas bailarinas robaban la atención de cuanto insecto pasara por aquel lugar.

Lucina, se detuvo a ver hacia arriba las flores, su belleza les detuvo el paso. La fresa por un momento recordó su niñez, se recordaba rodeado de blancas flores que acompañaban sus sueños, cuando todavía no había alcanzado el color rojo.

Lucina recogiendo un pétalo del suelo les dijo:

—Una lástima, que estas flores tan bonitas pierdan sus pétalos, y se desprendan hasta la tierra.

El silencio de la fresa, fue tan significativo que la niña le puso la mano en su cabello verde, y le dijo:

—Cuéntame, una de esas historias que sabes.

La Fresa, dijo:

—Las flores son como el preludio de los más deliciosos frutos, las bailarinas que abren el telón de una nueva historia, vergeles multicolores que enamoran la mirada, atrapan el pensamiento con sus perfumes.

—Son mucho más que eso, son tan hermosas.



Los trovadores que viajan con la brisa

Conforme fueron pasando los minutos entre la brisa y los colores, criaturas llegaban a aterrizar entre las flores, muchos de ellos se detenían sobre el tallo de las flores y parecía compartir información con los animales de la misma especie.

Su viaje parecía ser acompañado por el viento, además, la brisa podría ser la causante de que estos viajeros, se enterarán de que habían flores por doquier en aquellos árboles.

Una mariposa volaba por los alrededores, donde ellos pasaban.

La mariposa se detuvo:

—¿Ustedes también vienen por miel?— les preguntó.

—No somos viajeros que cruzamos por aquí—le contestó, La Fresa.

—Nosotros también andamos de un lado a otro buscando donde encontrar miel y alimentos para nosotros, los abejones son los que viajan en grupos y son los trovadores que se acompañan con la brisa.

—¿Qué es un trovador?—preguntaba Lucina.

—Un poeta, que le canta a la vida y a lo que en ella crece —le contestaba la mariposa amarilla volando junto a ellos.

—¿Usted no está comiendo? —le volvió ella a interrogar.



La mariposa con sus ojos rasgados la miraba, hasta decirle:

—No, voy a irme a un jardín no muy distante de aquí, dicen que crecen los girasoles y su olor es apetitoso. ¡Hasta pronto que encuentren lo que buscan! -concluyó, y voló en dirección al este.

Hablaban durante el camino de las flores. Los abejones que eran los invitados de honor de las fiestas, zumbaban de alegría. Lucina pensaban que sus sonidos eran que estaban entonando sus poemas. Allá en el camino, La Fresa comenzó a explicarle:

—Las flores son el vestido que se ponen las plantas, para que los polinizadores lleguen a transportar su polen, las mariposas son el ejemplo de este tipo de insectos, en ocasiones es el viento que se encarga de la polinización de las plantas. Debes aprender que el beneficio que dan las flores es tan largo e interesante, como el de las hojas, sus beneficios son una cadena; ayudan a embellecer cualquier lugar, muchas son de exquisitos perfumes, le dan la miel a las abejas y el alimento a todos esos animales que se ven en ellas.

—Esos animales, son sus amigos— dijo Lucina.

—Lo son, ambos se benefician y cuando pasen varios días, sus pétalos caerán como las primeras lluvias de invierno, dejarán un rastro de fragmentados pétalos que el viento transportará.

—¡Qué lindo, es el proceso de las plantas!, de allí crecerán los primeros frutos dulces del mango, los limones ácidos para el fresco y el jugo nutritivo de la naranja.

Los primeros frutos de un árbol

En el territorio más septentrional, se ubicaban los primeros 3 frutos de un árbol de nance, los tres primeros frutos contemplaban el suelo. Sujetados por tallos que los sostenían contra la gravedad, entre ellos se observaban compitiendo quién se vestiría completamente del color amarillo.

A su alrededor se escuchaba el ruido, de las abejas, las cuales iban y venían de las flores amarillas y anaranjadas del joven árbol.

Los mayores deseos, de cada uno de estos nances, era ser descubiertos por alguien que los llevara por lugares desconocidos, donde su semilla pueda crecer y ser un nuevo árbol.

Por las tardes planeaban sus aventuras, el mayor decía que se iría a una playa para que el mar bañara sus pies y, para lograr esa tarea, tenía que ser encontrado por un turista, que en una gran mochila lo transporte y descansando bajo una palmera vote su semilla allí.

El siguiente, pensaba que su morada serían las praderas para ver pastando el ganado, pero para lograr esa aventura debía ser llevado en el pico de un pájaro hambriento, el cual lanzara su semilla sobre la tierra donde los grandes animales pastan; ahí sería el refugio donde el ganado iría a sombreadarse en los días de verano.

El tercer fruto, el cual amaba mucho sus orígenes, quería irse a vivir en una casita humilde, con olor a yerbas aromáticas y



niños jugando a la ronda en su tronco. Deleitarse por las tardes viendo a los niñitos recogiendo y comiendo sus frutos; premiarlos de igual forma al día siguiente con nuevos frutos, quería que sus ramas sean fuertes y altas para que habitaran en ellas tantos animalitos como sus ramas soportaran y, con un poco de suerte tener una guaria morada que floreciera en su tronco.

El árbol, al escuchar los sueños de sus hijos, deseaba que alguien se los llevara y encontrara un alimento exquisito en sus frutos, que ellos logaran sus sueños y que en otras tierras, les dieran sombra al ganado, a los turistas y alimento a los niños.

Era un árbol joven con muchas ilusiones; que estaba dispuesto a dar sus frutos, para saciar el hambre de tantos seres vivientes como pudieran, con el único requisito, el cual era el que sembraran sus frutos para seguir beneficiando a todas las personas y al ambiente mismo.

Lucina y Fresa fueron llegando hasta ese árbol. Habían cruzado tantos árboles floridos que al ver ese árbol, con sus primeros frutos, se acercaron.

—Fue largo nuestro viaje —le dijo ella, vistes lo lindas que son las flores, de los mamones, las carambolas, los manzanos.

—Si las vi—dijo la fresa, haciendo gestos con las manos, señalando los grandes que eran sus pétalos y lo emocionante que fue cruzar en medio de tantas flores.

El deber de una fruta

Las frutas, al verlos a ellos, se intentaron soltar de su tallo para saludarlos. El árbol les dijo que no se soltaran, ya que, todavía les faltaba madurar un poco más para dejar su hogar.

Desde la parte de arriba, los frutos les gritaban.

Lucina, detuvo el paso. Vio hacia arriba. En unas ramas próximas a ellos estaban tres cabezas, de tres únicos cabellos cafés, de manos y pies colgando de sus esféricos cuerpos.

—Amigos, ¿cómo están?

—Bien, bien—vociferó Lucina.

El árbol bajó una de sus ramas para que ellos subieran hasta donde estaban los frutos. Apenas llegaron, los frutos les contaron todos sus planes. Lucina, les habló de lo mucho que habría aprendido de las partes de una planta.

—Uno de los frutos— le dijo—Fresa, cuéntale a la niña nuestro deber, eres una fruta.

La Fresa, confesó:

—Como frutos, nuestro deber es ayudar a acabar con el hambre del mundo, una fruta que se pudre y se rechaza por alguien, no ha cumplido su propósito, por eso los árboles procuran que seamos de colores vistosos: rojos, amarillos, morados, rosados. De olores apetitosos como el de ellos y el mío, nosotros necesitamos tanto de ti como tú de nosotros.

—¿De mí? ¿Ocupan de mí? —preguntaba, ella sorprendida por tal afirmación.

La Fresa le responde:

—Recuerdas cuando el tronco te dijo que los árboles te hablaban, usando sus medios de lenguaje, te hablan a través de los sentidos. Cada vez que una hoja se desprende del árbol y cae frente a tus pies. Cada vez que el olor de una flor, te hace buscarla hasta encontrarla. Cuando las ramas te dan su oxígeno y su sombra en un día caluroso. El delicioso sabor de los frutos que crecen tanto en los árboles como en arbustos, plantas rastreras. El sabor de los cereales, legumbres, leguminosas y toda clase de verduras. Te hablan que el mundo vegetal está allí, que es parte de tu vida y que cuides y valores lo que tienes.

—Lo que yo puedo hacer es tan poco—dijo ella reflexiva.

—No es poco, contestaron los frutos del nance — el sembrar un árbol, decirles a las personas que conoces, que es bueno que se alimenten de frutas y verduras, que valoren la naturaleza. Solo con eso es suficiente.

La niña se sintió responsable del mundo vegetal, abrazó a su amiga fresa y dándole un beso en la frente a cada uno de los frutos de nance, les prometió ser su amiga para siempre.

Ese conmovedor momento, fue el más importante del viaje, el sentido de responsabilidad que experimentaba ella fue apocado por la alegría que le daban las frutas, rieron y hablaron por mucho rato.

Todos contaron sus más grandes sueños.

El día de hoy, el sol es mi amigo es tibio como una sonrisa amable; la lluvia es mi cómplice, con ella puedo contemplar los prados verdes alimentando el mundo como fuente inagotable; el viento es ahora el correo de la naturaleza. En sus alas vuelo sobre las ramas de los árboles, transportando hojas y semillas.

Los árboles, el día de hoy, son mis amigos, su abrazo me calienta, sus frutos son tan variados de tantos sabores. El día de



hoy escucho el canto de las flores, la risa de las frutas y la voz profunda del corazón de los árboles.

Los pensamientos de Lucina se reflejaban en su rostro. Estaban tan contentos, cuando los tres frutos del nance cayeron al suelo, por fin ya estaban maduros, el tiempo transcurrido fue suficiente, para que acabaran de madurar.

El árbol colocó a sus invitados en el suelo. La niña sentándose en el césped, los miraba a todos. Ella estaba sonriente.

—Ahora, viajaremos los cinco en este mundo de vegetales y animales que hablan.

La Fresa guardaba silencio. En sus verdes ojos asomaba un silencio, una esperanza y algo más...

Hasta pronto, no adiós

La Fresa miraba el sol ocultándose a través de las colinas. Se acercaba a ella hasta colocar su cabeza en el hombro de la niña.

Lucina lo sabía. La mirada de la Fresa se lo dijo, el silencio de los nances le hablaban a gritos que ya había llegado la hora.

—A través de mi ventana, esperaba que algo importante le sucediera a mi vida. Esperaba escaparme entre las líricas del viento en las praderas y que me llevara aún mundo diferente, mejor que el mío. Suponía que algún día todo sería mejor. Nunca había valorado los frutos de la tierra, veía las estrellas deleitada con su brillo. Es en realidad la alimentación que me da la tierra, un verdadero tesoro, mayor a las estrellas.

La voz, de ella se entrecortó.

—No quiero decirles adiós, quiero estar con ustedes—.

—Lucina, este es un hasta pronto. No un adiós. Las plantas estamos en tu diario vivir, y seremos tus amigas siempre—.

Ella sonrió.

—Otro día en tus sueños me encontrarás, nos encontraremos en este mundo que siempre vivirá en la imaginación. Hablarás con nosotros, seremos un recuerdo de esos que roban sonrisas y alimentan buenos propósitos. Cuando la alborada asome y la tarde agonice, el árbol que está en tú jardín, te recibirá con la brisa y, la rosa de la maceta, te regalará su perfume. Cuando pruebes



el sabor de las frutas y siembres un árbol, nos recordarás que siempre hemos estado, siempre estaremos en tu mundo, mientras existan personas que nos protejan y nos quieran.

Ambos se abrazaron.

La luz del sol agonizó en el momento que la misma estrella iluminaba sus ojos, hasta hacerla contemplar una luz blanca.

Una vida con propósito

Ésa misma mañana, Lucina despertó en su cama. Había soñado toda una noche. Apenas despertó, de una carrera llegó hasta la cocina y sobre la mesa estaba colocada su amiga fresa.

Desde ese día todo cambió, ella fue otra persona y gracias a eso descubría cada vez personas diferentes. Se unió a un grupo de jóvenes que sembraban árboles en el parque. Sus padres, le compraron una bicicleta con la que asistía a clases.

En la clase de ciencias fue voluntaria para explicarle a sus compañeritos la importancia de las meriendas sanas, y de las ensaladas.

Fue la mejor alumna de la clase de Educación Física, despertándole un gusto a cualquier actividad física.

Fue una tarde, cuando visitó a su abuela, limpiaba el jardín, la abuelita le preguntó:

—Lucina, ¿qué te cambió tanto?—.

—¡Abuela! —con sonrisa pícara le contestaba la niña — recuerdas aquella, fresa que me regalaste un día, esa fresa me enseñó los secretos del mundo vegetal.

La abuela, que limpiándose los anteojos, miraba el árbol de nance que estaba en su jardín le contestó.

—Este árbol es joven, acaba de echar sus tres primeros frutos, te los guardé en la cocina.



—Vas a ver abuela, los sembraré uno en la playa, otro en el campo y el tercero en mi jardín.

Ambas soltaron a reír. El joven árbol de nance dejó caer una hoja cerca de las manos de la niña, como señal de agradecimiento.

Fin

